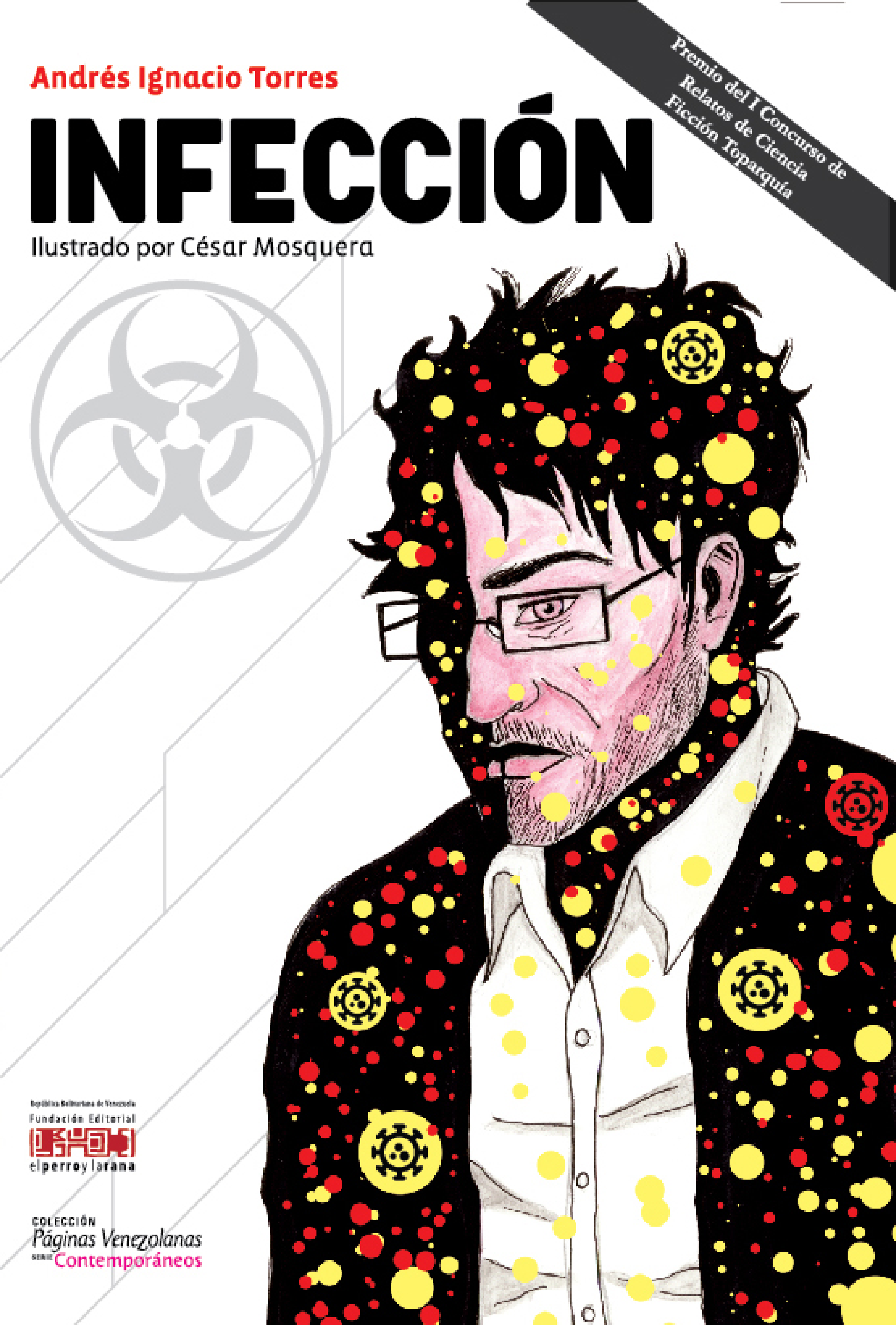

Andrés Ignacio Torres
INFECCIÓN
Ilustrado por César Mosquera
Premio del I Concurso de Relatos de Ciencia Ficción Toparquía
República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
elperroylarana
COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos



Andrés Ignacio Torres

INFECCIÓN

Ilustrado por César Mosquera









Ⓒ Andrés Ignacio Torres
Ⓒ Fundación Editorial El perro y la rana, 2016
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas – Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Ilustración y diagramación
Ⓒ César Mosquera

Edición y corrección
Jesús R. Rodríguez G.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf40220168001175
ISBN 978-980-14-3435-1







colección *Páginas Venezolanas*

La narrativa es el canto que define un universo de imaginarios, sucesos e historias. Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes, su forma de ser y estar. Las lectoras y lectores podrán acercarse a publicaciones de esta colección en formatos libres para el disfrute del extenso imaginario artístico de nuestra patria. La serie *Clásicos* abarca las obras que por su fuerza y significación, que trasciende al tiempo, se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir de su ingenio nuevas perspectivas y maneras de exponer sus realidades con la fórmula maravillosa de narrar.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren caminos al goce y la crítica.

VEREDICTO

Nosotros, Gabriel Jiménez Emán, Cristóbal Deffit y Lilibeth Zambrano, jurado del I Concurso de Relatos de Ciencia Ficción Toparquía, promovido por la Fundación Editorial El perro y la rana, hemos convenido otorgar, por unanimidad, un premio único al cuento “Infección”, de Andrés Ignacio Torres Molina, de 19 años de edad, por ser una historia atrapante, por su buen argumento, su fluidez narrativa y por el acertado tratamiento de un tema controversial que afecta a las sociedades del mundo globalizado: la manipulación genética y la creación de virus en laboratorio. Mediante una técnica que acude al informe científico, el autor del relato “Infección” va hilando una historia donde se mantiene una tensión narrativa *in crescendo*, que se resuelve con acierto en el logro de un final convincente, dentro del verdadero espíritu de la ciencia ficción. El trasfondo del relato contiene una filosofía donde se alerta contra ciertos inventos químicos antinatura que pueden dañar a la humanidad, a través de sustancias producidas por científicos enfrascados en una desmedida –y a menudo irracional– búsqueda de “progreso”.

En Caracas, a los trece días del mes de octubre de 2015.

A Aníbal y Ari,
por estar siempre ahí.

En las vísperas del viaje, Fernando reunió a su pequeña familia en la sala–comedor de su modesto bloque asignado y, suspirando, empezó la "plática de familia" que necesitaba.

—¿Están todos listos? –fue lo primero que dijo.

—Sí, papá. Ya recogí mis cosas y… –dijo Alberto, su hijo, antes de ser interrumpido por su hermana.

—¿Por qué tenemos que irnos? –interrogó Mariana.

—Ya se los he dicho antes, Mariana. No podemos quedarnos. Su seguridad depende de eso –respondió su padre mientras miraba a ambos lados, como para asegurarse de que ningún intruso le estuviera escuchando antes de continuar–. No quiero que terminen como los otros.

Mariana y Alberto se miraron las caras por unos pocos segundos, con una mezcla de temor y resignación en sus rostros. Tanto el viaje como la posibilidad de terminar como los otros les aterraban por igual, porque ambos significaban romper con el orden preestablecido en sus vidas y enfrentarse a lo desconocido. Su padre tomó su silencio como un triunfo.

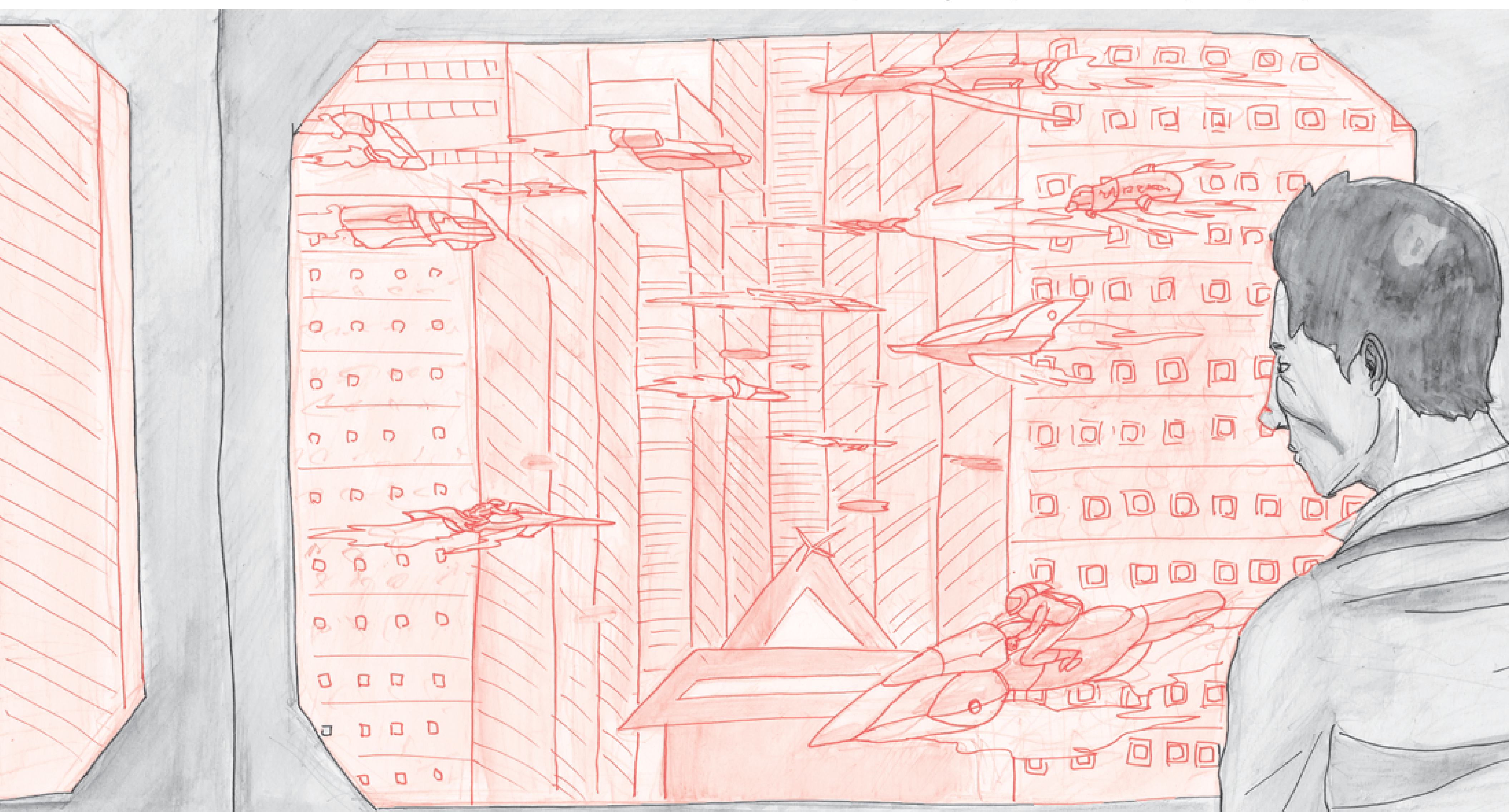
—Recuerden que saldremos temprano. Alberto, ve a despedirte de Oriana. Hija, tú ve a arreglar lo que te falte. No podemos perder más tiempo –concluyó el hombre antes de regresar al módulo-estudio del bloque. También él tenía que cerciorarse de tenerlo todo en regla.

Alberto salió del bloque de su familia y cruzó el puente que conectaba con el otro lado de la estructura. En los laterales,

mientras caminaba, observaba a través de los paneles transparentes a las otras familias ir y venir en sus naves. La mayoría de las naves eran pequeñas, no se solía ver naves grandes en el sector residencial, mucho menos a tanta altura. Ese tamaño de naves era más frecuente en los funcionarios del ministerio. Pensaba en cómo, dentro de pocas horas, él también estaría en una nave un poco más grande y dejaría todo atrás.

En poco tiempo llegó al otro lado de la edificación y bajó tres niveles en el ascensor para visitar a Oriana por última vez, por más que Alberto quisiera que eso no fuera cierto. Mientras caminaba hacia la puerta principal del bloque 6–1B, pensaba en todo lo que ambos habían vivido en sus dos años de relación. Aunque todavía no era mayor de edad, Alberto ya había pensado en su futura vida al lado de Oriana, como cualquier joven soñador de diecisiete años lo haría.

Se ubicó al frente de la puerta, la tocó tres veces y al ver a Oriana abriéndola, se lanzó sobre ella. La abrazó. La abrazó por un largo tiempo, ahí mismo, sin preocuparse por miradas



ajenas. Luego la besó y la besó aún más tiempo. Sus labios ardían, su corazón latía. No tuvo que contener lágrimas, como hubiera imaginado antes; tal vez ya las había derramado todas en soledad, en las dos semanas que había sabido de los planes de su padre. No podía dejar que Oriana lo viera así. Tenía que ser fuerte.

Mariana subió a su pequeño módulo–habitación antes de que su padre o su hermano pudieran ver las lágrimas que se empezaban a formar en su rostro. No quería que la vieran así, ya se había resignado al viaje y llorando no conseguiría nada. Cerró la puerta detrás de sí, se agachó para sacar la fría maleta metálica de debajo de la cama y la abrió de par en par para guardar lo que necesitase en el viaje.

Antes de empezar, sacó su comunicador y le envió un mensaje rápido a su mejor amiga: "Laura, está pasando. Estoy recogiendo mis cosas". Luego lanzó el dispositivo sobre la cama y empezó a recoger los libros de poesía que heredó de su abuelo, sus cuadernos de dibujo, algunos lápices y marcadores, su comunicador de repuesto...

Mientras pensaba qué otras cosas tenía que guardar, el rostro de Laura se dibujó en el cuarto, proyectándose sobre su comunicador. Mariana se apresuró a contestar la llamada, mientras abría su clóset para sacar la ropa que necesitaría.

—No puede ser... No te creo, no te creo. ¡No te me puedes ir!, –exclamó Laura a través del comunicador. En su pantalla, a varios niveles de distancia, apenas veía a su amiga parada en frente de su clóset, sacando blusas y pantalones, entre otras cosas.

—Lo siento. Lo siento mucho. Hoy, mi papá lo confirmó... Todavía no lo entiendo, ¿por qué a mí? ¿Por qué me hace esto? Alberto tampoco quiere irse…

Aunque Mariana no la podía ver, Laura asentía con cada cosa que decía. "Te entiendo, lo sé, tranquila, mi niña. ¿Segura que no volverán? Tal vez tu papá dice eso ahora, pero cuando estén fuera extrañará su vida aquí o algo así".

—No lo creo, –negó Mariana–, anteayer nos habló muy seriamente. Cree que la infección la creó el ministerio, y que si nos quedamos acá, tarde o temprano nos volveremos parte de los otros.

—¿Y si se mudan a Sol-4? Es el planeta más cercano. Tampoco tienen que irse a Sirius.

Mariana sacudió su cabeza. Tan solo escuchar el nombre del lugar al que iban le revolvía el estómago.

—Tampoco funcionará. Dicen que la Sol-Federación trabaja con el ministerio y que todos sus planetas sufrirán del mismo mal.

Cuando se volteó, Laura pudo apreciar los ojos aguados de Mariana, que parecía estar a punto de seguir llorando. Ella bajó la mirada y se encontró con una maleta a medio llenar, pero se había quedado sin cosas que guardar. Irónico. Por más vacía que estuviese la maleta, había cosas que debía dejar atrás. Se limpió las lágrimas y trató de esbozarle una sonrisa a Laura.

—Oye. Tengo que terminar de recoger. Cuando pueda te llamo, ¿sí?

—Claro, estaré esperando, –respondió Laura. Tardó unos cuantos segundos en cerrar la conexión, en los cuales se fijó en su amiga. Nunca supo que al colgar esta dejó fluir las lágrimas que trataba de contener.





"¡Atención, estimados habitantes de Sol-3! Este es un mensaje de servicio público. Últimamente se ha presentado en ciertas zonas una misteriosa enfermedad de la cual se desconoce el método de transmisión. Por favor, si presenta síntomas como tos severa, mareos, desmayos, nauseas, vómitos y fatiga de forma repentina, acuda lo más rápido posible a los cen…".

Fernando apagó la transmisión. Ya estaba cansado de escuchar los mensajes informativos –o, más bien, desinformativos– del ministerio. Él sabía la verdad, y tal vez un poco más allá. El pequeño estudio de su bloque tenía una mesa en el medio, encima de la cual estaban a la vista distintos papeles, permisos y documentos de identificación que Fernando había conseguido para el viaje.

El ministerio de Sol-3 insistía en utilizar papel para sus documentos oficiales, aun cuando el resto de ministerios de la Sol-Federación y más allá hubieran saltado a otros medios. "Los documentos en papel son más fáciles de emitir, y más fáciles de controlar", decían unos dentro del ministerio. Otros, sonreían cínicamente mientras exclamaban que con el papel nadie podía falsificar ningún permiso. Tal vez, esos funcionarios no conocían a las personas indicadas.

Fernando suspiró, se frotó los ojos y comenzó a revisar los documentos nuevamente. Debajo de sus ojos, un extendido cansancio se manifestaba en forma de grandes ojeras producto del ajetreo de los preparativos y su poco dormir. Tenía las identificaciones de sus hijos y la suya, debidamente firmadas y selladas, con sus sellos holográficos de autenticidad. De igual forma, su certificación de trabajo en el ministerio, que lo acreditaba como "Científico en Jefe de la División de Bioquímica" del Departamento de Investigaciones Científicas. Finalmente, tenía el permiso para ingresar a Sirius-6. Hasta este punto todo

iba bien.

Del otro lado de la mesa, sin embargo, habían algunos documentos que planeaba utilizar al día siguiente y que, aun por más convincentes que se veían y tuvieran los sellos holográficos, no eran más que falsificaciones. De las buenas, eso sí: tres permisos de viaje aprobados por el Departamento de Movilizaciones y varios documentos adicionales que necesitaba para salir sin suscitar sospechas. Tuvo que moverse rápido y con discreción por debajo de la ley para conseguirlas, pero su familia le importaba mucho más que unos simples papeles. De igual forma, no le iba a servir nada más que para salir de Sol-3.

Empezó a ordenar los papeles en carpetas, una para cada uno, con las identificaciones, los documentos de la escuela de Alberto y Mariana, los permisos de viaje y el resto de papeles que necesitaba cada uno. Cuando terminó con las carpetas las puso a un lado y se dedicó a revisar los documentos clasificados del trabajo que había traído consigo a casa la noche anterior. Eran su evidencia de lo que estaba ocurriendo, y lo que lo motivó a acelerar sus planes de salir de Sol-3.

"Una misteriosa enfermedad, ¿eh?", se dijo a sí mismo en tono de burla, pensando en los pobres infectados, los otros. Cogió su dispositivo archivador, en donde había cargado los documentos, y empezó a ojearlos lentamente, moviéndose entre las letras negras deslizando sus dedos a lo largo de la pantalla táctil.

El primer documento, escrito tres meses antes, parecía rutinario, de esos que en el trabajo uno lee por montón y se olvida de ellos:

Documento clasificado
Para: Ministro
CC: Departamento de Investigaciones Científicas
Jefe de la División de Bioquímica
Señor Ministro: hemos descubierto un nuevo patógeno basado en nitrógeno que al cabo de una semana o dos de entrar en contacto con seres humanos se comporta de forma letal. Su comportamiento es extraño, nada como lo que conocemos hasta ahora, pero logramos aislar las muestras y estamos dispuestos a analizarlas para encontrar explicación a su comportamiento.

Jefatura–.
Departamento de Investigaciones de la Salud.

Fernando siguió con su lectura. Un par de documentos aprobando el análisis de las muestras y todo parecía normal. Hasta que encontró una solicitud de un mes y medio de antigüedad un tanto extraña por parte del ministerio:

Documento clasificado
Para: Jefe del Departamento de Investigaciones de la Salud
El Ministerio solicita una muestra del "patógeno letal" para investigaciones más a fondo, tan rápido como sea posible.

Despacho–.
Ministerio.

Por supuesto, cualquier orden del ministerio tiene que ejecutarse tan pronto como sea dictada y no se cuestiona. Siempre se ha hecho así. Sin embargo, Fernando empezó a preocuparse cuando, una semana después, se encontró a un disidente del ministerio muerto, sin explicación, en su casa. En los documentos oficiales de defunción solo se especificaba "causa de muerte desconocida", y entre las observaciones, "tos severa durante los días anteriores al suceso". Ese fue el día en que todo empezó a ir mal.

Dejó los documentos sobre la mesa y se levantó un momento para hacerse un café en la máquina del estudio. El proceso era rápido, apenas un par de minutos después tenía su bebida humeante en la mano, y la bebía estoicamente. Recordaba lo que había pasado luego de la muerte del disidente. A pesar de sus sospechas, Fernando no dejó de trabajar en su Departamento ni mostró ningún cambio, pero comenzó a averiguar más. Los siguientes correos dejaron de ser enviados a su despacho pero, gracias a una pequeña falla en el sistema, logró bajarlos a su archivador sin que nadie sospechara y evaluarlos.

El documento que más resaltó dentro de los que pudo bajar, luego de la muerte, trataba justamente de la naturaleza de esta:

> Documento clasificado
> Para: Ministro
> Señor Ministro: luego de haber hecho una investigación más a fondo del cadáver que nos ha llegado, hemos encontrado pequeñas trazas del patógeno nitrogenado en evaluación. De alguna forma se introdujo en el sistema del individuo y en menos de una semana lo fulminó. El Departamento de Investigaciones de la Salud está profundamente preocupado por la casualidad de que ocurra una Infección masiva luego de esto, puesto que no estaba previsto que el patógeno se mostrara de alguna manera en el ambiente.
> Seguiremos investigando.
>
> Jefatura–.
> Departamento de Investigaciones de la Salud.

El temor de quien fuera que hubiera escrito esa carta no estaba mal infundado: poco tiempo después, comenzó la infección masiva de la cual estaba hablando. Primero fueron dos o tres personas, luego varios al día, y después grupos enteros aislados a lo largo del planeta. El ministerio no daba mayor información sobre el asunto, atribuyéndole

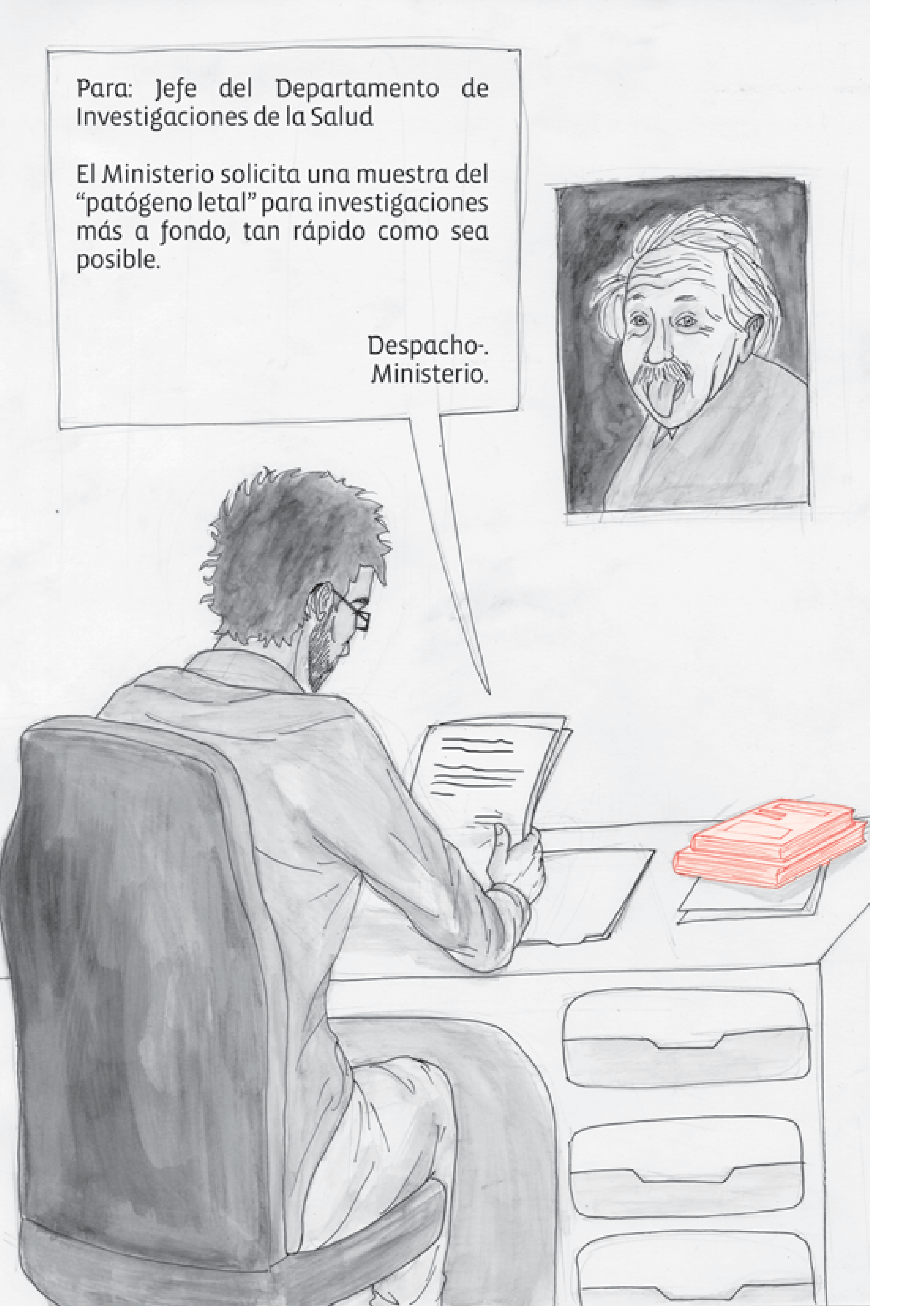
causas distintas con cada mensaje al público. Pero ser funcionario tiene sus ventajas: Fernando logró descubrir la verdad.

Ya en ese entonces, estaba considerando abandonar el planeta antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, su decisión se afianzó al leer el último documento en su archivador. Sopló su café y siguió bebiéndolo lentamente, mientras sus ojos se movían a lo largo del texto en la pantalla del aparato:

> Documento clasificado
> Para: Jefe del Departamento de Investigaciones de la Salud
> Elimine cuanto antes todo registro de sus investigaciones sobre el disidente, y absolutamente toda la información que tenga sobre el patógeno, sobre la Infección.
>
> Despacho–.
> Ministerio.

Algo estaba mal, y no iba a quedarse lo suficiente para que afectase a su familia. Bebió un último sorbo de su café, metió el archivador en uno de sus bolsos y guardó también las carpetas. Miró a su alrededor cerciorándose de tenerlo todo y fue a cargar sus cosas a la nave. En menos de doce horas estaría fuera de Sol-3, rumbo a un lugar seguro para su familia.





Las horas pasaron rápido para Alberto y Oriana, cada minuto extendiéndose como una pequeña eternidad, llenos de angustia aunque sin comparación con el largo tiempo que estarían separados a partir del día siguiente. Se juraron inacabable amor, una y otra vez, aun sabiendo que eso no cambiaría el hecho de que no se volverían a ver. Alberto sabía que su padre diría algo por la tardanza en volver a casa, pero no le importaba. Oriana era más, mucho más importante que evitar un regaño.

—No puedo creer que es verdad, que te vas. No quiero que sea verdad –dijo Oriana. No lloró, ya había llorado demasiado en los brazos de su amado. Estaba algo seria, perdida en sus pensamientos.

Alberto solo asintió, no tenía muchas ganas de hablar. También estaba absorto en sus pensamientos y en sus sentimientos.

—Primero la enfermedad de mi hermano, y ahora tú te vas –se siguió lamentando la joven, mientras se acurrucaba en los brazos de su pareja. Era cierto; algunos días atrás Ernesto, el hermano de Oriana, había caído enfermo sin explicación alguna, y no mostraba mejoría. La familia de su novia tenía un historial de enfermedades hereditarias esporádicas, pero nada como lo que tenía Ernesto.

Alberto arrugó la cara y trató de desechar lo que estaba pensando: no, Ernesto no estaba infectado. Era imposible, nadie en la zona residencial donde vivía lo estaba y Ernesto rara vez salía de casa. Tenía que ser algo más... razonable. En fin, eso no podía ocupar su cabeza en esos momentos. Tenía algo más importante en lo que pensar.

Alberto se acomodó en el sillón, acariciando lentamente la suave piel de Oriana. Sabía que tenía que irse, por más que quisiera quedarse, pues tenía que estar listo para partir

temprano al día siguiente. Jugó con el cabello de su querida un rato, hasta que se decidió:

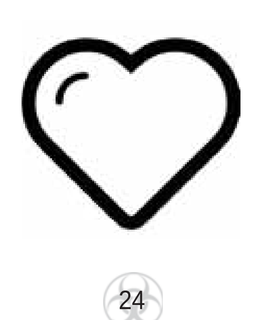
—Es hora, amor. Tengo que irme.

Como era de esperarse, no se levantó sin demostrarle nuevamente a Oriana cuanto la amaba. Sus cuerpos se dijeron mutuamente que pertenecían juntos y que, sin importar las distancias, eso no cambiaría. El arraigo, que no encadenamiento, sería el mismo. Luego, se incorporó, le dio un último beso, sello de su amor, y se dio la vuelta, caminando hacia la puerta. No volteó, tenía que ser fuerte. Salió, cerrando la puerta tras de sí en silencio, tomó el ascensor y caminó de vuelta a su casa a través del ahora artificialmente iluminado pasillo.

Antes de entrar en su bloque, el 9-2A, se rascó la garganta. La ligera irritación que padecía, desapareció. Luego, abrió la puerta y se deslizó dentro, tratando de no hacer mucho ruido. En la mesita del recibidor había una nota: "Hijo, hay comida en la cocina, si tienes hambre búscala y luego ve a arreglar tus cosas. Salimos a las 6, puntuales. Estaré en el estudio, ocupado. Fernando".

No iba a molestar a su padre, sobre todo luego de esa nota. Asumió que Mariana también necesitaría su espacio, así que subió las escaleras con parsimonia y entró a su módulo–habitación y se lanzó en su cama. El cuarto vacío, con su contenido guardado en las dos pequeñas maletas que estaban al lado de la puerta, reflejaba el estado de su alma.

Solo quería estar solo. Tenía cosas en las cuales pensar.



Mariana escuchó los pasos de su hermano al llegar al bloque y subir la escalera, pero no quiso ir a buscarlo a las primeras: debía estar dolido. A diferencia de ella, su hermano tenía una relación muy fuerte con otra persona, con Oriana. Tal vez, Alberto necesitaba su espacio. De cualquier manera, Mariana tampoco estaba con ganas de animar a nadie.

Acostada en su cama, cerró los ojos y dejó que pasara el tiempo. Pensó en sus amigas, en el último año del colegio que nunca podría terminar –tendría que comenzar otra vez allá en Sirius-6–, en los chicos y en todo lo que tenía que dejar atrás. Un par de lágrimas brotaron con timidez, descendiendo por sus mejillas, pero se las limpió cuando se dio cuenta de esto. Ya tenía sus bolsos listos y estaba resignada al viaje. Tal vez, solo tal vez, algo bueno resultaría de él.

Se acordó de la promesa que le había hecho a Laura, pero no se sentía con ganas de comunicarse con ella, y por la hora, tal vez no sería conveniente molestarla. De todas formas, podría hablarle desde la nave de su padre al día siguiente, excusándose con que se quedó dormida luego de alistar sus pertenencias para el viaje.

No tendría que mentirle. Cuando abrió sus párpados, varias horas habían pasado, era de madrugada. Todavía faltaba un tanto para el viaje, así que podría dormir, aunque se había despertado por unos ruidos inusuales. Se frotó los ojos, bostezó y aguzó sus sentidos: el ruido que la había despertado en realidad era un ligero y suave golpeteo en su puerta. Alguien estaba llamando.

Se incorporó, abrió la puerta y encontró a su hermano parado frente a ella. Se notaba cansado, con los ojos algo aguados y la piel más pálida que de costumbre. Claro, no se había visto a sí misma en el espejo. En ese momento, los dos hermanos compartían hasta la apariencia. Alberto

entró en su cuarto y se dejó caer sobre la cama, sin fijarse en cómo se veía el lugar. A pesar de las diferencias entre ambos módulos –el de Alberto tenía más compartimientos y una mesa, mientras que en el de la hermana había un espejo grande y otras comodidades–, para entonces parecían muy similares: vacíos, desolados, sin vida.

—Alberto, tengo miedo –dijo Mariana. Se sentó al lado de su hermano en el filo de la cama, sin mirarlo. Sus ojos se perdían en la suave alfombra sintética, a falta de un horizonte al cual mirar.

—Lo sé. Yo también, pero no temas. Estaré contigo. No dejaré que te pase nada –respondió su hermano.

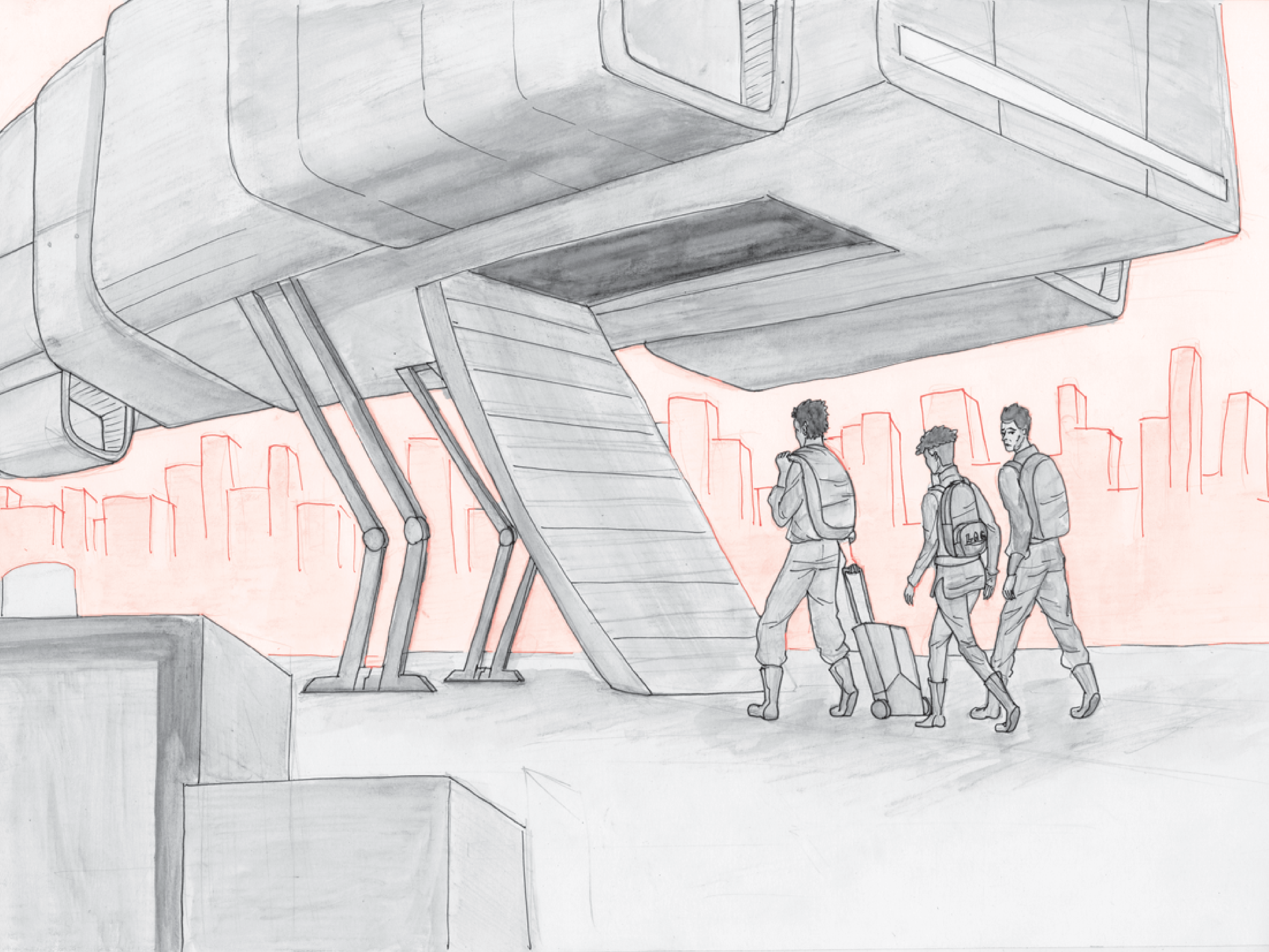
—¿Crees que nos vaya bien en Sirius-6?

—No lo sé, eso espero... Tal vez nos acostumbremos, es una nueva vida...

—Va a ser duro –afirmó Mariana.

—Claro que lo será –dijo Alberto mientras cerraba los ojos–, y es justo por eso que no te dejaré. Vienen horas oscuras, y tenemos que estar juntos. Papá tampoco nos dejará sin cuidado. Aunque nos parezca muy... inútil... está haciendo esto para protegernos.

Mariana asintió y se dejó tumbar un rato largo al lado de Alberto, quien tosió alguna vez. Seguramente el polvo que había levantado al recoger sus cosas le habría afectado. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que no podía dormir más, así que solo se quedó ahí, pensativa, intercambiando alguna que otra palabra con su hermano pero no más que eso, esperando que se hiciera la hora.



Cuando abrió los ojos, Fernando se dio cuenta que se había quedado dormido en el estudio. Su cara estaba reposando sobre uno de sus maletines, con algo de baba colgando de sus labios. Se incorporó, bostezando y despabilándose rápidamente para luego apagar la alarma en su comunicador. Eran las 4:30 de la mañana, tenía suficiente tiempo para despertar a los chicos, revisar que todo estuviera en orden y salir. Todo tenía que salir bien.

Dio una última mirada a su estudio, verificando que no dejase nada. Las maletas grandes ya estaban en la nave, a excepción de las de sus hijos, las cuales eran lo único que faltaba. Se preparó otro café para estar listo y a las 5 subió a despertar a sus hijos. Sin embargo, los encontró ya despiertos en el cuarto de Mariana. No quiso forzar la ida, así que solo hizo un par de señas que ellos entendieron y cogieron sus cosas.

"Pongan los bolsos en la nave, arréglense y luego vengan para el desayuno" fue lo único que les dijo, mientras ellos solo asentían. Luego, se movió hasta la pequeña cocina-comedor y preparó un buen desayuno para todos. Lo necesitarían. Al rato, sus hijos volvieron y se sentaron en la mesa. Estaban cambiados, más callados, y Alberto se rascaba la garganta un poco. "Los nervios", pensó Fernando.

El desayuno transcurrió normalmente. Un "buenos días", aunque no era de día y ninguno había dormido mucho. Fernando les aclaró unas últimas cosas del viaje pero, de resto, no pasó mucho. Luego del desayuno se levantó, recogió los platos sucios y los dejó sobre el lavaplatos. No tenía por qué lavarlos, ya no volvería más.

—¿Están listos? –preguntó por última vez.

Ellos titubearon, se miraron, pero luego asintieron: "Sí. Sí, papá".

—Entonces vamos. Aprovechemos el día.

Fernando, Alberto y Mariana salieron de su bloque, cerrándolo bien, y entraron a su nave a través del acceso. En el fondo, el compartimiento de la maleta estaba lleno con los bolsos y

maletines de la familia. Al frente, cerca en el puesto del piloto, Fernando había dejado las carpetas con los documentos para salir del planeta. Más atrás, en la amplia nave, estaban los asientos para Alberto y Mariana, y el resto de comodidades que había instalado para el viaje de varios días, tales como un pequeño módulo-cocina, un módulo-baño y tres sillones-cama.

Todos se sentaron en sus lugares, se abrocharon los cinturones y Fernando encendió el vehículo. En el panel de información del sistema central de la nave, el MultiVAC, brotó una alarma con un leve pitido, *beep-beep*, pero Fernando no se molestó en revisarlo; no quería perder tiempo y, de cualquier manera, no podía ser nada grave. A las 6 horas menos diez minutos salieron de la zona residencial, rumbo a la puerta de salida.

Una hora después de partir, Fernando y sus hijos estaban en la fila para pasar por la oficina de Movilizaciones. El viaje hasta ese punto había sido normal, algo callado para su gusto, pero era lo que esperaba. Sus hijos se quedaban dormidos de a ratos, así que decidió no molestarlos.

Mientras la fila avanzaba, Fernando repasó los papeles y documentos que tenía para cerciorarse de no decir nada equivocado y que todo saliera bien. Unos minutos después avanzó y su nave se conectó con el sistema de Movilizaciones, abriendo un panel en la pantalla de su MultiVAC: era el oficial encargado de revisar los documentos.

—Buenos días, ¿hacia dónde se dirige?

—Buenos días, a Sirius-6. Ya le muestro los documentos –dijo Fernando mientras pasaba las carpetas por la ranura de envío de su nave. El oficial los recibió del otro lado, y empezó a ojear los documentos.

—¿Motivo del viaje?

—¡Oh!, unas cortas vacaciones. Ya sabe, para alegrar a mis niños.

—Sorprendente –dijo el oficial mientras evaluaba los permisos–.

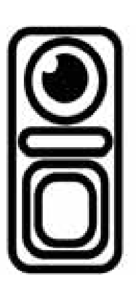
No puedo creer que con su cargo le hayan otorgado las vacaciones. ¡A mí nunca me dan!, –exclamó.

Fernando solo rio tensamente, esperando que todo estuviera en orden, o al menos que el oficial así lo creyera. Pasaron unos cuantos minutos hasta que este, luego de varias preguntas de rutina, devolviera los documentos sellados y autorizados a Fernando. Todo había salido bien.

—Hasta luego, ¡que tenga buen viaje! –le dijo el oficial.

—Muchas gracias –respondió Fernando antes de partir.

Avanzó y no dijo más nada hasta estar a muchos kilómetros de distancia de aquella oficina. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, suspiró. Lo había logrado, iba camino a Sirius-6. Satisfecho consigo mismo, activó el modo de piloto automático con las coordenadas del planeta destino, silenció la alarma del MultiVAC y se levantó de su asiento, dándose cuenta de que sus hijos dormían, para dirigirse luego a uno de los sillones-cama. Cerró los ojos un rato, mientras la nave procesaba los protocolos de salto hipergaláctico. Sin darse cuenta se durmió, y fue feliz.



Cuando Alberto despertó ya la nave estaba viajando varias veces a la velocidad de la luz. Tardarían un par de días en llegar a Sirius y uno que otro más en arribar a Sirius-6. Se acercó a la pantalla del MultiVAC y descubrió que ya se encontraban fuera del área de control de la Sol-Federación. Luego, se dirigió a la pequeña cocina. Sentía comezón en la garganta, así que se preparó rápidamente un té caliente y lo bebió, aliviando su malestar. En eso se levantó también su hermana, se acercó a saludarlo, se preparó un café y encendió la pantalla de la cocina para ver qué había de nuevo en las noticias, una costumbre que había agarrado de su papá.

—Mira, es la alerta de la infección nuevamente. No sabía que hasta acá la transmitían –dijo Alberto.

—Sí, al parecer lograron convencer a las estaciones independientes de transmitirla una que otra vez...

Pasaron más anuncios que ambos calificaron de "inútiles" o "aburridos" hasta que se mostró en la pantalla un anuncio de reportaje especial: "¡Estimados viajeros de Sol y Andrómeda! Nuestro servicio de astroclima anuncia que se ha detectado una lluvia de asteroides que puede interferir con el viaje hipergaláctico, por lo que se recomienda con carácter de urgencia interrumpir estos saltos hasta nuevo aviso".

Alberto y Mariana se miraron, el uno al otro. No pasaron más de tres segundos cuando el MultiVAC comenzó a pitar una alarma, algo más fuerte. Fernando se levantó de golpe y fue hasta el asiento de piloto a ver qué estaba ocurriendo.

—Papá, creo que tienes que desactivar el salto hipergaláctico... –dijo Alberto, antes de toser un poco.

Fernando se quedó meditabundo. Si desactivaba el salto, llegaría a Sirius mucho tiempo después del planeado.

Si no lo hacía, sin embargo, podría colisionar con asteroides en el camino. Dudó y prefirió no hacer nada. La alarma seguía sonando.

—Papá, ¿por qué no apagas el hiperviaje? –preguntó Mariana, con un tono un poco más alterado. El impacto de un asteroide era algo grave y ella no estaba dispuesta a correr el riesgo.

Al parecer, Fernando sí. "Tenemos que llegar lo más rápido posible a Sirius", dijo. Tal vez, el estrés estaba impidiéndole pensar bien. ¿O era algo más?

Alberto tomó un paso adelante. "Papá, en serio creo que deberías apagarlo. Es peligroso si seguimos así", dijo antes de toser otra vez.

"¿Te sientes bien, hijo?, preguntó Fernando. Al ver que Alberto asentía, prosiguió: "No voy a apagar nada, es justamente por seguridad que tenemos que estar en Sirius lo más pronto posible".

La alarma seguía con su *beep-beep* característico. Mariana se alteró aún más y le gritó a su padre:

—¡Papá! ¡Apaga eso ya mismo, antes de que pase algo que des…!

No pudo terminar la frase porque escucharon un estruendo y la nave comenzó a dar vueltas y girar sin control. Un asteroide los había impactado con fuerza. Mariana y Alberto cayeron y se golpearon, tratando de agarrarse de donde pudieran, mientras que su padre, aferrado a la silla del piloto, trataba de leer el monitor de estatus del MultiVAC, evitando fútilmente entrar en pánico.

—¡MultiVAC, haz algo! –gritó Fernando, esperando que el control por voz sirviera de algo.

La nave se llenó de una voz electrónica y robotizada: "Señor, se debe apagar el hiperviaje para recobrar control y salir de lluvia de asteroides. Sin embargo, existe falla en sistema

eléctrico. Para reparar, se debe pasar a modo de emergencia al menos por tres horas".

¡No, no! Modo de emergencia significaba estar a la deriva en el espacio por tres horas. No podía, tenía que haber otra forma...

Pero no hubo tiempo de pensar.

—¡MultiVAC, apaga el hiperviaje y salta a modo de emergencia! –gritó Alberto con todas sus fuerzas.

La nave dejó de moverse casi inmediatamente. Todos cayeron al piso. Alberto y Mariana resultaron con moretones y magulladuras, aunque nada grave. Mariana estaba respirando rápido y con fuerza, mientras que su hermano tosía como loco. Su padre, que yacía a varios metros de ellos, estaba enojado. Y el *beep-beep* continuaba.

—¡¿Qué han hecho?! –exclamó su padre. Estaban a la deriva, lejos de la civilización. Solos.

—¡Si seguíamos así, podríamos haber muerto! –gritó Alberto, aún tosiendo y frotándose los brazos golpeados.

—¿No te das cuenta? ¡Estamos solos, solos! No podemos hacer contacto con nadie. Si hubiéramos seguido, estaríamos más cerca de Sirius y pudiéramos haber pedido ayuda. ¡Pero no!

—Nada nos daba seguridad de poder llegar a Sirius, papá. ¿Hubieras preferido morir en la lluvia de asteroides? –dijo Mariana con una voz fría y lapidaria.

Solo hizo a su padre enfurecerse más. Mientras, el *beep-beep* seguía sonando.

—¡Vamos a morir aquí si la falla se alarga más! Casi ningún sistema está funcionando por el modo de emergencia... ¡Da igual! –ripostó Fernando.

—Papá, no te estás escuchando... Tienes que calmarte... –trató de apaciguarlo su hijo.

—¡No me voy a calmar! –gritó más fuerte el padre. La situación, el *beep-beep* y el estrés lo llevaban a hacer cosas sin pensar–. Por una vez tenías que dejar de pensar en ti, y buscar

lo mejor para todos. ¡Pero no! ¡Tuviste que dejarnos varados en el espacio!

—¡Aún nos queda esperanza de sobrevivir! –dijo la hija.

—Yo no quiero esperanzas inútiles ahora. ¡Quiero llegar a Sirius, que esa sea mi realidad!

Beep-beep.

—¡Con esa actitud no llegaremos a ningún lado! Tal vez todo estaría mejor si no hubiéramos dejado Sol-3 –sentenció Alberto, con la cara roja y tosiendo.

Beep-beep.

—¡Ya basta! ¡Cállate, cállate! *Beep*. Si hubiéramos seguido allá habríamos en cuestión de días y (*beep*) no hay nada que pudiera hacer para evitarlo. *Beep-beep*.

Fernando se volteó, golpeó con fuerza uno de los laterales de la nave y, cansado de la alerta, exclamó: "¡MultiVAC, deja de sonar! ¡¿Qué quieres?!".

El frío anuncio de MultiVAC los dejó estupefactos: "Encontrados rastros de patógeno desconocido, rico en nitrógeno, presentes en la nave".

Fernando quedó inmóvil. Luego, lentamente, volteó a ver a su hijo, quien jadeaba y tosía como si no pudiera respirar bien.

Las pocas esperanzas que tenía se esfumaron. Ya era muy tarde.

Edición digital
noviembre de 2016
Caracas - Venezuela.



DOCUMENTO CLASIFICADO
Para: Ministro
CC: Departamento de Investigaciones Científicas
Jefe de la División de Bioquímica

Señor Ministro: hemos descubierto un nuevo patógeno basado en nitrógeno que al cabo de una semana o dos de entrar en contacto con seres humanos se comporta de forma letal. Su comportamiento es extraño, nada como lo que conocemos hasta ahora, pero logramos aislar las muestras y estamos dispuestos a analizarlas para encontrar explicación a su comportamiento.



Jefatura-.
Departamento de Investigaciones de la Salud.

Andrés Ignacio Torres (Valencia, Carabobo, 1996).
Escritor y poeta. Actualmente cursa estudios en la Universidad Simón Bolívar. Segundo lugar en el I Concurso de Narrativa Calasancia (2013). Con el presente cuento *"Infección"* obtuvo de manera unánime el premio único en el I Concurso de Relatos de Ciencia Ficción Toparquía (2015) promovido por la Fundación Editorial El perro y la rana.

César Mosquera (Royston, EEUU, 1990)
Ilustrador, historietista y profesor. Nació en Estados Unidos, pero regresó a su país, Venezuela, a los dos años de edad. Trabajó como ilustrador y diseñador en el *Correo del Orinoco en la Escuela*, publicó en el 2015 una adaptación a historieta del cuento de Wilfredo Machado *La noche de Prometeo*.



Gobierno **Bolivariano** de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

